



De las tristezas españolas

NUESTRA EGOLATRÍA DE LOS DEL 98

A Francisco de Cossío, en Valladolid

Suelo leer con gusto y provecho los breves ensayos críticos que Francisco de Cossío viene publicando en *Castilla*, suplemento literario dominguero de *El Norte de Castilla*, de Valladolid. El último de estos ensayos titúlase «Egolatría» y está dedicado al libro «Crítica profana», del Sr. Casares. Y voy a poner aquí unos comentarios un tantico críticos al comentario que Cossío pone al libro del Sr. Casares.

«Una de las características de la llamada generación del 98 es la egolatría», empieza diciendo Cossío, y lo apoya con los ejemplos de Baroja, de «Azorín», de Valle Inclán y de mí. Y debo agradecerle la cariñosa, al par que respetuosa manera como denuncia mi egolatría.

Pues bien, sí; querer negarlo sería hipócrita. Los que en 1898 saltamos renegando contra la España constituida y poniendo al deshudo las lacerias de la patria, éramos, quién más, quién menos, unos ególatras. Pero esa egolatría fué la consecuencia, de cierto hipertrófica, de un descubrimiento moral que hicimos en el fragoroso hundimiento de los ideales históricos españoles: el descubrimiento moral de la personalidad individual, hasta entonces vejada, abatida y olvidada en España.

Aquel nuestro movimiento espiritual del 98, aquella recia refriega de pluma, que halló su principal tribuna en *Vida Nueva*, fué un sacudimiento anárquico y anarquista, fué un «sálvese quien pueda». En el derrumbamiento moral de la patria nosotros, los jóvenes de entonces, nos lavábamos, nuevos Pilatos, las manos y acusábamos. Acusábamos a todos y a todo; pero atentó a salvar nuestra irresponsabilidad, nuestra personalidad. Y con ella, aunque no nos diésemos entonces clara cuenta de ello, la personalidad de todos y cada uno de los españoles que sepan descubrirla en sí mismos. Porque en este país de desenfrenado individualismo no se conocían los fueros de la individualidad, de la dignidad personal. No era por nuestros sendos yos por lo que peleábamos los ególatras de entonces; era por el yo de cada uno; era porque en este viejo solar del egoísmo se descubriera el yo. Porque estoy persuadido de que el egoísmo sólo se cura cuando el egoísta descubre su íntimo y eterno yo, la idea arquetípica de sí mismo.

Fué, ante todo, aquella nuestra gritería ana protesta contra la pobre y triste política que se venía siguiendo en España. Casi todos nosotros detestábamos entonces la política, y más aun la actitud que la intelectualidad había guardado para con ella. Recuerdo lo que me indignó cuando primero oí aquella frase atribuida a Campoamor, una de las devociones de mi mocedad, y es que

al salir diputado y preguntarle uno que por dónde, respondió: «por Romero Robledo». Humorada campoamorina, en cuyo fondo había un dejo de amargo desdén, pero también de despecho. Y también recuerdo que discutiéndose en una tertulia los méritos artísticos de Núñez de Arce, uno de los del corro exclamó: «Cómo va a ser un gran poeta quien ha llegado a ministro de Ultramar!» Evidente salida de tono, aunque conviene añadir que Núñez de Arce no fué un poeta. Esto es, un creador, ni grande ni chico, en el ministerio. Porque Casneros fué un poeta, y lo fué Richelieu, y lo fué Floridablanca, y lo es hoy Lloyd George.

¡Nuestra egolatría del 98! ¡Sin duda alguna! Aquello fué un movimiento de personalismo—no de fulamismo—frenético. ¿La patria? La veíamos hundirse con la más encandecida modorra, y ya que España se hundiera queríamos salvar al español. Cada cual al suyo. Y el pobre Ganivet, lleno de sí mismo, predicaba desde lejos de la patria el evangelio de Pío Cid, y Costa, el gran soberbio, el gran ególatra, arremetía, nuevo Don Quijote, contra el caciquismo. Pues ¡qué era, en el fondo, el caciquismo, sino el desconocimiento y el desprecio de la personalidad individual humana y de sus sacrosantos fueros? El cacique atropellaba a las demás personas, en quienes no veía sino medios o instrumentos, y jamás fines, y las atropellaba porque él, el cacique, no sentía por su parte su propia personalidad. El cacique, como todo tiranuelo, está hecho de madera de siervos.

Antes del 98, en aquella sombría Restauración, Cánovas del Castillo, el Monstruo, debía no encontrar jóvenes para su obra. Pero es que los buscaba como dijes o joyas y para guirnalda del canovismo. Y es claro: don Francisco Silvela, que era de verdad inteligente y lo que hoy decimos un intelectual, sintiendo su propia personalidad, hubo de sublevarse contra el que se pretendía amo y señor. ¿Y quién de entonces no recuerda la triste oscuridad de Morlesín?

En aquella Restauración estaba también Sagasta, del que no se sabe que escribiera versos a ninguna. Elisa ni historiara período alguno de nuestra historia; el inventor de aquello que se llamó el fusionismo, denominación que es ya de por sí un poema trágico. Y con el fusionismo intentó fusionar algunas personalidades; pero personalidades políticas.

¡Qué tiempos aquellos de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico; tiempos de un gris crepuscular y lóbrego! Menéndez y Pelayo, casi solo, revolvía el polvo de los escombros de nuestra historia; Menéndez y Pelayo, a quien D. Alejandro Pidal, otro arrebañador de reclutas, no logró unir al yugo de sus caciquerías. ¡Verdad es que D. Marcelino era otro ególatra, y formidable! Y en tanto, Alfredo Calderón, que no se consolaba de la derrota de la metafísica, como me dijo una vez llorándole la voz, lanzaba al aire frío y brumoso su triste quejumbre

Autog.



continua. Y Troyano, otro solitario, daba cada día a nuestros burgueses, desde las columnas de EL IMPARCIAL, su ración de pensamiento.

Volvamos el recuerdo a Cataluña y veamos que, mientras queda pura y fecunda la obra de Maragall, el cantor de la fuerte personalidad de Serrallonga, se va hundiendo en la lobreguez del olvido la memoria de la representación parlamentaria del doctor Rort.

Nosotros, por nuestra parte, los ególatras del 98, no estábamos entonces dispuestos a vender el alma por un acta de diputado. Nos admirábamos a nosotros mismos, como dice Cossío; creíamos haber nacido para renovar la patria; para hacer de España el solar de los españoles, un pueblo de yos y no un rebaño de electores y contribuyentes. ¡Pero no éramos «arribistas», no! En el sentido que se da a esto del «arribismo», no lo éramos. Nuestro mayor cuidado consistía en no dejarnos poner hierro, en permanecer orejanos. ¿Fue un error? ¿No lo fué? ¿Y quién puede decirlo?...

Soplaban sobre nosotros vientos de anarquismo, de individualismo desenfrenado;

apacentábamos los unos de la fórmula spenceriana de «el individuo contra el Estado»; otros se nutrían de Nietzsche, y a la busca dentro de sí mismos del sobrehombre, descubrían al hombre, se descubrían a sí mismos, su propia dignidad personal. Y todos nos sentíamos iconoclastas. Pero si supiera Cossío, si supieran los de su generación, los de esta generación cuyo hipo es, según me dicen, formarse y que sueña en la eficacia; si supieran a qué bajezas se había abatido antes del 98 el valor de la libre personalidad humana! ¡Si supieran lo que significaba un hombre, esto es, un alma, en aquellos áridos años del *Madrid Cómico*, en que las caricaturas de Cilla y los artículos de Taboada parecían estar modelando a la generación incipiente! Era el triunfo en todo del género chico.

Vino el derrumbe de nuestros ensueños históricos, vino lo de Santiago de Cuba y lo de Cavite, vino el Tratado de París, y en medio del estupor, o más bien de la estupidez general, nosotros, los que dicen del 98, nos tocamos, sentimos el alma, descubrimos que teníamos un yo y nos pusimos a admirarlo. Por lo que a mí hace, acabé de descubrir mi yo español, castizo, en el «Quijote», y es natural, creí haber descubierto mi «Quijote», nuestro «Quijote», y dije lo que Cossío recuerda: que Cervantes nos dió en 1605 la Biblia del personalismo individualista español para que yo, tres siglos después y siete años tras del 98, la comentase. Y es que hasta entonces y por entonces, y aun hoy, esa nuestra Biblia nacional era presa de dómines, de preceptistas, de eruditos y de masoretas, atarecados en disecarla para convertirla en pieza de museo,

mojama en alcohol. ¿Que acaso descubri un Mediterráneo? Es que suele ser preciso descubrirse a los peces que en él viven. Y la peregrina historia del Hidalgo, que supo decir a relleno sentido: «Yo sé quien soy!», tiene que enseñarnos a cada uno de los españoles quién somos. El que no aprenda en ella, en el espejo del Caballero de la Locura, quién es él, el que la lee ¿qué va a aprender? ¿A torrear párrafos a la manera cervantina? ¡Menguada labor!

Si; los guerrilleros espirituales de aquella que se ha dado en llamar la generación del 98 vislumbramos de pronto, entre el desplome de la leyenda, nuestras propias almas desnudas y nos vimos adanes españoles avergonzados; pero a la vez, por íntima contradicción, orgullosos de nuestra desnudez. Algunos se hicieron con hojas de parra delante; pero otros no ocultamos nuestra viril vergüenza, nuestra egolatría. Y enseñamos, alguien me ha dicho que satánicamente, que cada cual ha de adorar su yo y para poder adorarlo hacerlo digno de adoración, ya que Dios no es sino el Yo común a que enfocan y en que se majan y consunan nuestros sentidos yos.

Acaso nuestros predecesores, los de la generación del 68 y los de la del 76, no se adoraron a sí mismos; pero es porque no se conocieron, o absorotos en una obra revolucionaria impersonal o abismados en una Restauración hastiosa y de sesieo. ¿Se conoció acaso, descubrió su yo, su eterno yo, aquel D. Ramón de Campoamor, el escéptico lírico del desengaño, el que, habiendo escrito un libro que se titulara «El personalismo: Apuntes para una filosofía», pudo decir, con amargo dejo de humorada, que fué diputado por Romero Robledo? Y esa terrible frase, ¿no sería tal vez una venganza del personalista escéptico, a quien la propia, íntima e intangible personalidad se le escapaba?

Cossío la trama luego con Valle-Inclán, otro ególatra, aunque éste apareció en el coso de nuestras letras algo después del 98. No voy a aquilatar la originalidad de las invenciones novelescas de Valle-Inclán ni sé si en sus «Sonatas» se ha servido o no de materiales de Barbey d'Aureville, de D'Annunzio o de Casanova. Es esta una tarea, muy interesante sin duda para la historia literaria, que cedo gustoso a la diligencia del Sr. Casares o de otros curiosos investigadores. La inquisición de esa suerte de originalidad no me interesa sino muy restringidamente. ¿Pero cabe negar que Valle-Inclán ostenta su personalidad, y una personalidad inconfundible, en un estilo fuertemente acusado?

«También el Sr. Selgas y Carrasco tenía algún talento—acaba diciendo Cossío—, a pesar de lo cual hoy ninguna persona que se precie de gusto literario lee las cosas de Sel-



Muestra epolatría de los del 98 — 73



gas. Y contad con que Selgas, malo o bueno, era legítimo propietario de sus escritos.» Yo no sé si las personas de algún gusto literario leen o no hoy a Selgas; sólo sé que yo no puedo leerlo, que sus libros se me caen de las manos. Y es porque Selgas, malo o bueno, se me aparece como no legítimo propietario de sí mismo. Lo que escribía sería suyo; pero es como si fuese de cualquier otro, de un individuo impersonal, de hache, o de ene, o de equis; es decir, de nadie. Su literatura es mostrenca. Y en arte vale más robar lo de otro, lo que tiene dueño conocido, si uno sabe apropiárselo de verdad, darle la irradiación de la propia personalidad, que no coger, por derecho de primer ocupante, un bien mostrenco y poner allí, en un cartel y sobre una valla, el nombre de quien lo ocupa. ¡Legítimo propietario de sus escritos! ¿Y quién lo es? Lo que yo escribo es, después que lo he escrito, de quien quiera aprovecharse de ello, y si acierta a avalorarlo mejor que yo es más suyo que mío. Estoy íntimamente persuadido de que muchos—entre ellos acaso Cossío—llegarán a comprender mucho de lo que yo escriba mejor que lo comprendo yo mismo, como abrigo la profunda persuasión de comprender yo algo de lo que escribió Cervantes mejor que lo comprendió él mismo. Pero de lo que hay que ser propietario es de sí mismo. Porque la palpitación del hombre que escribe, ese latido cordial por dentro del escritor, eso es la única originalidad que salva. ¡Ah, si el joven Cossío se hubiese podido ver a solas consigo mismo en las yermas tinieblas espirituales de aquel desplome del 98! Comprendería cómo la desnudez puede, a raíz de la caída, y oyendo a la serpiente tentadora, llevar a la egolatría.

Miguel de UNAMUNO

